

## Argentina y Brasil ante el mundo

*Lic. Carlos RAIMUNDI*  
*Universidad Nacional de La Plata (UNLP)*  
[craimundi@ciudad.com.ar](mailto:craimundi@ciudad.com.ar)

### INTRODUCCIÓN

En el N.º 186 de la revista **Nueva Sociedad** de julio-agosto de 2003, el profesor Luiz Moniz Bandeira publica un artículo —coincidente con lo que expresó en su visita a nuestro país durante el mismo año— acerca de las perspectivas de integración entre Argentina y Brasil, y su rol ante la iniciativa del Alca.

Si algo enseña la evolución del mundo operada en las últimas décadas, es la imposibilidad de diagramar estrategias nacionales al margen del contexto internacional. La relación con el mundo deja de ser, pues, un problema ideológico, para convertirse en un simple dato de la realidad.

Consecuentemente, la disputa de valores nos remite a qué tipo de integración al mundo debemos proponernos como país, y esto se relaciona con la cosmovisión que prevalezca luego de un maduro debate nacional, acerca del devenir de la Humanidad en los próximos años.

La velocidad de las transformaciones operadas en el mundo en las dos décadas más recientes ha modificado ciertas connotaciones fundamentales de la política exterior de los diferentes Estado-Nación. Pero no llegó a conmover un concepto central, tal como que la política exterior es un instrumento de la política estatal orientado a favorecer los intereses nacionales. El relacionamiento externo y, en particular, la integración regional, no dejan de expresarse en clave de política e interés "nacional". Aun en el caso de Europa, la experiencia integradora más avanzada, ni alemanes ni franceses, ni austríacos ni polacos, rehusan diseñar sus propuestas de integración al margen del criterio más estricto de defensa de sus intereses a partir de su condición de Estados soberanos. Pero es justamente en clave nacional que éstos procesan la integración, es decir, teniendo en cuenta en qué medida ésta mejora en concreto su calidad de vida cotidiana. Y la vía para mejorar su calidad de vida es, para españoles, checos, griegos y portugueses, comprar y vender, viajar y recibir el turismo, depositar dinero y desplegar su conocimiento profesional, sintiéndose europeos. Por extensión, haciendo sentir a

quienes no forman parte de los acuerdos alcanzados de su condición de “extra-comunitarios”.

Ni el Brasil ni la Argentina tienen por qué escapar a esta matriz de pensamiento y acción. En política no cabe la ingenuidad ni la filantropía. Menos aún tratándose de Brasil, un país que ha privilegiado con marcado pragmatismo su política exterior. Mi planteo de alianza estratégica (o “sociedad estratégica”, como prefiere denominarlo Juan Gabriel Tokatlian) no responde a ningún romanticismo de raíz bolivariana, sino más bien a un concienzudo análisis de cuáles son las mejores perspectivas de integración al mundo para nuestro país.

Ahora bien, los elementos sociales y culturales adquieren un valor primordial dentro de la dimensión estratégica; no habrá verdadera dimensión estratégica por fuera de una convicción del sentido profundo de la integración que penetre capilarmente en todos los intersticios de las sociedades nacionales participantes del proceso. De este modo, podemos asegurar que la integración argentino-brasileña, seguramente, no estará consolidada hasta tanto logre instalarse en el sentido común de nuestros pueblos. Y para avanzar en este sentido debe producir efectos concretos sobre la vida cotidiana, así como la Unión Europea los produce en sus ciudadanos, y por eso progresa y se agranda.

El medioambiente histórico determinará en cada etapa si la cuestión comercial o financiera, o bien la ingeniería institucional, o la integración física o las obras de infraestructura productiva, ofician de locomotoras del proceso según el criterio acordado por los gobiernos. Pero la consolidación del mismo devendrá, necesariamente, de la comprensión profunda del proceso histórico por parte de los actores reales del universo social y productivo; esto es, de la reafirmación progresiva y permanente de la Identidad Regional. De su instalación en lo más profundo del sentido común de los respectivos pueblos.

Para que este proceso se desenvuelva en toda su intensidad se requieren dos componentes sustanciales e inescindibles: liderazgo cultural y ético por parte de la dirigencia, y alto nivel de eficiencia en el modo en que se administre la gestión del mismo “en el terreno”, en la concreción práctica de cada uno de sus pasos. Se agotaron los tiempos en que el solo enunciado generaba una suerte de “mística positiva” de la integración. La generación de los 70, formada y entrenada en la lógica romántica de la época, colisionó repetidamente con los cambios culturales y materiales acaecidos, y es la principal depositaria de sus consecuencias negativas

en cuanto a la distancia entre los sueños y la realidad, los sucesivos temblores de la estructura productiva, la regresión en la pirámide social, etc.

Y los más jóvenes, moldeados en clave de materialismo pragmático, están habituados a medir su adhesión a un proyecto en la estricta medida en que vean plasmados sus resultados en términos concretos, inmediatos. Y, preeminentemente, materiales. “Pellizcables”, como decía una dirigente sandinista de los años 80.

Volviendo al trabajo de Moniz Bandeira, en algunos de sus párrafos subraya la persistencia de la política exterior brasileña en limitar su estrategia de integración a la América del Sur, tomando así distancia de quienes se refieren a América Latina. Cabe destacar que “América Latina” incluye a México, Centroamérica y el Caribe hispanoparlante, como derivados de la colonización ibérica, en contraposición con los países que descienden de los colonizadores anglosajones, franceses y holandeses. Brasil los excluye en su proyecto de liderazgo regional. Esta discusión no es menor, pero tampoco urgente. El debate sobre el papel de México y América Central en el proceso integratorio no debe impedir que avancemos raudamente —sí, raudamente, lo que no quiere decir sin inteligencia— en la proyección del eje argentino-brasileño a nivel sub-regional.

Argentina y Brasil comparten una vasta historia de encuentros y desavenencias. A lo largo de la misma, sus relaciones oscilaron entre privilegiar los proyectos individuales propios de la categoría de Estado-nación que procura su soberanía con prescindencia del entorno regional y, en otros casos, intentar el abordaje de estrategias comunes. En un caso como en otro, todo el siglo XX —así como la mayor parte del siglo XIX— confirma la existencia de una frontera relativamente pacífica, aunque tensa, cuyos conflictos nunca llegaron a materializarse en acciones de violencia directa.

En este sentido, Bandeira no sólo señala el valor de la integración a partir del factor “contigüidad geográfica”, como resultado del moderno “acortamiento de las distancias” que proviene de la revolución tecnológica en todos sus aspectos. Resalta, fundamentalmente, la importancia del “espacio económico ampliado” con eje Río de Janeiro-San Pablo-Córdoba-Rosario-Buenos Aires, que constituye la región de mayor desarrollo del continente.

El objetivo de la política exterior brasileña no está oculto en las palabras del autor, sino que lo explicita con toda claridad: “la perspectiva brasileña es que la unión aduanera, evolucionada en mercado común, permita a Brasil concretar su

destino de potencia mundial, no aisladamente sino integrado con los demás países de América del Sur. Es un proyecto distinto del ALCA, dentro del cual circularían solamente mercancías y capitales, no la fuerza de trabajo y, por consiguiente, se contrapone a los propósitos tanto económicos como políticos de EE.UU.”.

A esta altura de nuestro desarrollo temático, está claro que a lo largo que del presente trabajo *me propongo el arduo desafío de afrontar la relación entre Argentina y Brasil como una necesidad histórica desde un profundo examen de las diferencias y semejanzas alojadas en el seno de nuestras dos sociedades nacionales. Esto es, desde la comparación exhaustiva de nuestras historias, formulada no en un sentido de mera crónica, sino desde la gestación de ambas formaciones sociales, políticas y económicas, desde las relaciones de poder de alcance fundacional, desde la interacción Estado-sociedad, y desde nuestros respectivos relacionamientos con el exterior. De este modo, pretendo situar, pues, esta lectura comparada de la historia en una dimensión cultural y política a partir de la cual seamos capaces de deslindar los aspectos centrales de los secundarios, y superar así aquellas diferencias que obstaculicen la integración profunda que propicio.*

## **I. ARGENTINA**

### **La Argentina como formación política**

Lejos de agotar todas las connotaciones que reúne el proceso de nuestra formación política, intentaré desarrollar, en este primer capítulo, dos ideas fundamentales. En la primera parte, compararé brevemente el proceso de gestación de las sociedades hispanoamericanas con el proceso de origen anglosajón, para arribar a la conclusión de que la América hispana se estructura alrededor de una relación Estado fuerte-sociedad civil débil, a diferencia de la sociedad norteamericana, que contó con un componente de mucha mayor fortaleza en su sociedad civil, que promovió un desarrollo institucional de mayor calidad y, por lo tanto, una más eficiente organización del Estado.

Anticipándome a toda suspicacia, siento orgullo, y no pesar, porque hayamos repelido las invasiones inglesas. Lo que sí me enoja es que no hayamos sido capaces, como argentinos, de superar los aspectos más negativos heredados de la etapa colonial, que continúan demorando nuestras posibilidades de conformar una sociedad con instituciones fuertes, apego a la ley y capacidad de delinear grandes políticas de Estado. Asimismo, en el acápite de Mayo, señalaré que aquel primer

conflicto político entre dos grandes visiones de lo que sería la Argentina no se dirimió mediante una dialéctica de consenso y síntesis, sino por la del antagonismo irreconciliable y el aniquilamiento del enemigo. Desde entonces, esa lógica rigió la definición de las dolorosas confrontaciones subsiguientes: unitarios y federales, civilización y barbarie, conservadores y radicales, peronismo y antiperonismo, azules y colorados, hasta concluir en la masacre genocida de la última dictadura (de allí en más, no se la reemplazó por el acuerdo público, sino por el “arreglo por debajo de la mesa”).

Una sucesión de episodios analizados desde la perspectiva continuidad-ruptura-resignificación constituye el esquema lógico, que se reitera a lo largo del trabajo. En este capítulo, procuro en un principio rescatar la continuidad del sentido de pertenencia y del espíritu emancipador, y la ruptura con la lógica de resolución maniquea, carente de matices y de voluntad de síntesis, guiada por el espíritu de suma cero —en el que, para que uno gane otro tenga que ser derrotado—, en lugar de la suma positiva, que implica crecimiento colectivo.

Surge como conclusión la primera aparición pública del proyecto conservador popular en términos de poder: el polo que unió históricamente a los sectores monopolistas con las bases populares, y que relegó a la izquierda a un discurso progresista desde lo ideológico, pero sin suficiente base de sustentación social como para convertirse en mayoritario.

Aparece aquí el criterio de resignificación, en el sentido de que, si bien reivindicó la conformación de sendos polos de centroderecha y centroizquierda, lo nuevo implica desterrar no sólo lo peor de las derechas sino también lo peor de las izquierdas. Me refiero, básicamente, a la necesaria democratización de ambas concepciones.

Otro elemento importante es que el problema no fue España, sino nosotros mismos. A partir de Mayo, no sería el sojuzgamiento ejercido por la corona la traba para edificar una nación desarrollada, sino nuestras propias deficiencias para progresar como sociedad autónoma. Ya más cerca de nuestros días, ni el imperialismo ni el FMI alcanzan para explicar por sí mismos el cúmulo de nuestros fracasos.

## **Apuntes sobre la evolución histórica**

Tanto en Inglaterra cuanto en Francia o España, la unificación del espacio territorial y la aparición de un *poder centralizado* emergieron en las postrimerías del siglo XV y comienzos del XVI. Francia accedió más temprano al distanciamiento entre el rey y los diferentes estamentos de la sociedad medieval. En Inglaterra, el proceso de unificación y centralización con clara diferenciación de la figura del monarca comienza a delinearse con la derrota de Ricardo III. Enrique VII de Lancaster, al contraer matrimonio con Isabel de York, finaliza la guerra civil conocida como la *Guerra de las Dos Rosas*. La monarquía se consolida y no decae pese a los cambios dinásticos.

En cambio, “los españoles no pudieron traer lo que no tenían ellos mismos en el suelo original: industria, comercio, agricultura”, dice Juan Bautista Alberdi, citado por Roberto Hosne<sup>1</sup>. Y según Nicolás Shumway, “las colonias españolas no buscaron en ningún momento desarrollar un sentimiento de nacionalidad propio e independiente, sino que fueron más bien extensiones de España, dóciles en lealtad política, fe religiosa y pago de impuestos”.<sup>2</sup>

Mientras tanto, la España borbónica desplegaba en sus colonias una cultura rentística fundada en la seguridad predeterminada de los rindes económicos sin riesgos para el capital. Los antiguos *contratos de aparcería* para la explotación de la tierra constan a modo de certificación. El absolutismo continental europeo había mantenido fuertes lazos con la concepción católica de que el poder era expresión de una unidad político-religiosa, según la cual el rey era funcionario de Dios. Una junta de teólogos, reunida para asesorar a Felipe IV sobre la construcción de un canal entre los ríos Tajo y Manzanares, concluyó dictaminando que “si Dios hubiese querido que los ríos fuesen navegables, Él mismo los hubiera hecho así”.<sup>3</sup>

El ascenso político de la burguesía no terminó con esta noción de “derecho al cargo”: junto con el poder del dinero no invocaba la prosperidad alcanzada a través del trabajo, sino el concepto de “dignidad” o “calidad de honor”, como apelación de socorro hacia el Estado. El problema se solucionaba conciliando el concepto de “burguesía” con el de “funcionario”, del mismo modo que el de “propietario terrateniente” coincidía con el de “señor”, y la protección del orden jurídico era desempeñada por el “noble de toga”. Todas ellas, formas precapitalistas diferentes de las que configuraron al Estado moderno en Inglaterra o en sus colonias del Norte de América. Librada a su suerte una sociedad civil débil y “gelatinosa”, toda la energía política marchó en pos de acopiar fortaleza en torno del Estado<sup>4</sup>.

De este modo, España transportó a sus colonias problemas parecidos a los que se vivían en su propio espacio. A esto hay que añadir que los pueblos andinos recibieron el influjo de las civilizaciones precolombinas, caracterizadas por una fuerte estratificación, que dificultó la movilidad social y mantuvo un nivel de desigualdad muy difícil de superar. En los llanos rioplatenses, y sustentados en su mentalidad rentística, los dueños de la tierra se convirtieron en “señores” que explotaron sucesivamente la mano de obra del indio, el negro y el gaucho de manera servil; en las ciudades, los integrantes de una burguesía igualmente rentística realizaban una actividad meramente intermediadora entre aquellos señoríos y la metrópoli, que se apropiaba de los excedentes de producción, abriendo paso a la relación centro-periferia que se mantiene hasta nuestros días. Así, los primeros comerciantes porteños no tardaron en establecer contratos exclusivos con los monopolios mercantiles españoles, formando de este modo la base de algunas de las más sólidas fortunas privadas argentinas.

En ausencia de una sociedad civil fuerte, el Estado hizo las veces de unidad superior en un sistema que, por sus persistentes fracturas, se fue tornando cada vez más incompetente para viabilizar una efectiva democracia cotidiana.

En esta misma sintonía debe ser interpretado el proceso revolucionario de Mayo (1810), que fue el germen de la Argentina como Estado independiente, constituye toda una muestra de incapacidad ciudadana para sintetizar las tendencias del pensamiento y la economía de la época. Tal síntesis era necesaria para forjar, como expresión de lo mejor de cada una de ellas, un proyecto común, en el que todos los actores principales se sintieran involucrados. En su lugar, primaron la confrontación irreconciliable, el maniqueísmo, la ubicación de quien pensara diferente en el lugar del enemigo, la dialéctica del vencedor y el vencido, la justificación de la conspiración permanente y la violencia como método de construcción de poder.

Del mismo modo, el libro *Facundo o Civilización y Barbarie*, amén de su alta calidad literaria, es el mayor exponente de esa importante faceta de la cultura argentina que ha sido históricamente *la personalización del mal*. Eso sí, nunca en uno mismo, siempre en el otro. En el siglo XX, la oligarquía situó en ese lugar a Juan Domingo Perón. Siempre con un dejo (o mucho más que un dejo) de admiración: “grande, muy grande es”. Los enemigos del caudillo Facundo Quiroga

no le desconocen tal condición, sino que “quieren disputarle el título de *Grande* que le prodigan sus cortesanos”, ya que se trataba de “el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre, que ha aspirado a tomar los aires de un genio”. “He creído explicar la revolución argentina —escribe Sarmiento— con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular”, [...] “en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina”, [...] “una expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos”. [...] “Facundo, siendo lo que fue por antecedentes inevitables, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación”.

No en vano, el liberal Shumway cierra uno de sus capítulos diciendo: “Al otro lado de la falla, los obreros industriales y los inmigrantes ríen a los gauchos en los movimientos populistas. Líderes mesiánicos como Juan Domingo Perón y su esposa Eva Duarte ríen a los caudillos personalistas. Fascistas y comunistas se volverían los nuevos paternalistas, pero en todos estos cambios hay una peculiar cualidad *déjà vu* tan pronunciado que parecería como si la Argentina no fuera un país sino dos, ambos llenos de suspicacia hacia el otro, pero destinados a compartir el mismo territorio”.<sup>5</sup>

Prisionera nuestra nacionalidad de estos valores, “los terratenientes porteños fueron sucesivamente liberales y proteccionistas, cosmopolitas y nacionalistas, según cuál bando fuera mejor para sus negocios en un momento dado”, sentencia Tulio Halperín Donghi<sup>6</sup>. Vastos sectores sociales de nuestro país arrastraron ese espíritu hasta nuestros días.

Cabe destacar, en este sentido, que durante los días previos a Mayo, el Contrato Social de Rousseau no corría “de mano en mano”, como sostiene Sarmiento, ni Robespierre era el modelo de los jóvenes revolucionarios. Pero la influencia de la Revolución Francesa era, pese a las prohibiciones, innegable. Tampoco es absoluto el juicio de Levene, cuando afirma que la Revolución de Mayo sólo se nutre en fuentes ideológicas hispánicas e indianas: “se ha formado durante la dominación española y bajo su influencia, aunque va contra ella”.<sup>7</sup> Es cierto que la Revolución de Mayo rompió con el monarca español, pero no con su pasado colonial y su herencia hispánica. También lo es que contiene ingredientes comunes

con diversas corrientes liberales de Europa y que no se alimenta únicamente del liberalismo español.

En materia de doctrina económica sucede algo semejante. Desde finales del siglo XVIII, tuvieron lugar sucesivas *Representaciones* de hacendados y labradores que reclamaban la abolición de las trabas al comercio. Manuel Belgrano fue, desde 1794, uno de sus mentores. Pero con motivo de la victoria sobre los invasores ingleses, se produjo una fuerte reacción monopolizadora de los grupos realistas que defendían el proteccionismo. En la Representación de los Hacendados, Mariano Moreno señaló con certeza los beneficios de la competencia sobre el monopolio y la postración de vastos sectores sociales como consecuencia de éste último, y propuso como solución un plan que se financiaría con las mayores rentas de aduana. Del otro lado, quienes se oponían a la apertura del puerto alertaban sobre la ruina en la que caerían muchas producciones locales. Ambas partes tenían razón. Sin embargo, a partir de las medidas tomadas por la Primera Junta de Gobierno, ya sea en lo político como en lo económico, el conflicto se dirimió por vía de la eliminación del adversario, y no por la del consenso para articular los intereses diversos presentes en toda sociedad política. Lo anterior no debe ser leído como una posición de neutralidad. Mariano Moreno fue el portador del verdadero espíritu innovador de la Revolución, y quien imaginó bajo qué formas debía estructurarse el Estado revolucionario. Lejos de una visión liberal que favoreciera los intereses británicos — por lo que fuera acusado en su momento—, Moreno propuso en su Plan de Operaciones “extender la insurrección a Uruguay y Brasil, confiscar los bienes de los realistas para proveer de fondos al Estado y fomentar las artes, agricultura y navegación, desechando así empréstitos externos, establecer el monopolio estatal de la minería y los seguros y el control del comercio y los créditos, vedar la salida de capitales y la importación de artículos suntuarios, *especialmente de los productos que como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil*”. El Plan revela la inclinación profunda de Moreno por la igualdad: *“las fortunas agigantadas en pocos individuos no sólo son perniciosas sino que sirven de ruina a la sociedad civil”*.

De este modo, las diferencias estructurales de Mariano Moreno y Cornelio Saavedra —el presidente de la Junta— retratan una dinámica de férrea oposición que hablan de un modo de ser cultural. La noche del 5 de diciembre de 1810, Moreno se entera de que en una cena ofrecida en el cuartel de Patricios —a la que se le había negado el ingreso— Saavedra es coronado rey y emperador. Enfurecido, escribe el célebre Decreto de supresión de honores al presidente: *“si deseamos que*

*los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad*". El decreto marca un punto de inflexión en su tensa relación con Saavedra, culminando en la renuncia a su cargo de Secretario de la Junta que presentó trece días más tarde. Para Shumway, "la división representada por el saavedrismo y el morenismo presagiaba el problema más difícil de la nacionalidad argentina: una continua ruptura en el cuerpo político que ni siquiera los líderes más imaginativos del país han podido curar. En cierto sentido, la sociedad argentina desde los primeros días de la Independencia pareció haber sido construida sobre una fisura sísmica. Ninguna institución argentina ha superado indemne los movimientos violentos e impredecibles de la falla, y su existencia subyace a gran parte de la perpetua inestabilidad del país".<sup>8</sup>

La victoria política de Saavedra sobre Moreno, a seis meses de haber nacido la Patria, constituye el primer hecho de supremacía del poder conservador, conformado en alianza por los militares —Saavedra controlaba los regimientos de Arribeños, Artilleros, Granaderos, Húsares, Montañeses y Patricios—, la Iglesia y los monopolios económicos, sobre las ideas modernizadoras. Pero además, los artesanos, peones y gauchos de los arrabales —los *orilleros*— estaban con Saavedra. Así fue que, de allí en adelante, "los movimientos populistas organizaron a las masas bajo el liderazgo de élites antirrevolucionarias con escasa capacidad para crear estructuras institucionales sólidas".<sup>9</sup> Basándose en Milcíades Peña, dice José Pablo Feinmann en *La Sangre Derramada* que "la Revolución de Mayo removió del Gobierno a la burocracia española e instaló en él a la burocracia criolla. No hubo desplazamiento del poder económico. Moreno y los suyos tenían las ideas, tenían la pasión, pero no tenían en su base una clase social revolucionaria"<sup>10</sup>.

En el pensamiento de Moreno anidan dos corrientes que recorren la historia de la izquierda argentina: una, iluminista; la otra, jacobina. Por eso, aquella disputa simboliza, además, con carácter premonitorio, el primer distanciamiento de quienes, expresando un pensamiento de vanguardia, terminaron alejándose de aquellos grupos sociales a los cuales aspiraban representar.

Algo similar surge si recorremos rápidamente algunos sucesos del Siglo XX. A partir de los años 30, la Argentina inicia un persistente proceso de industrialización que duraría tres décadas. No obstante, al sustituir al empresario individual por la *organización empresaria*, adoptando ésta principalmente la forma de sociedad anónima, se llevó a cabo la interconexión de intereses agroganaderos e industriales, que reprodujo el modo de conducta empresarial rentística, concentradora y

especulativa. En medio de este esquema rentístico y distributivo concentrado, aun en las etapas expansivas de agro-exportación, la mano de obra campesina resultaba sobrante y era expulsada de las áreas rurales hacia las ciudades. Pero como en éstas también imperaba la mentalidad rentística dentro de la actividad industrial, la irrazonable migración de trabajadores se volcaba a la inflación artificial de la actividad terciaria.

Desde el punto de vista político, las décadas de apogeo del paradigma keynesiano marcan una etapa en la que el Estado nacional-popular y el régimen de acumulación sustitutivo de importaciones pudieron combinarse en una amalgama que incluía elementos de la cultura, tradiciones e imaginarios comunes tales como el caudillismo, el nacionalismo, el movilizacionismo y la estadolatría. Ese Estado nacional-popular expresaba una alianza o compromiso de clases de tipo movimientista, que unía a élites enclavadas en sectores corporativos —fuerzas armadas, iglesia, cúpulas sindicales—, sectores intelectuales, pequeña y mediana burguesía, con los trabajadores industriales y demás sectores populares urbanos surgentes del proceso de migración interna del campo a la ciudad. Este proceso adquirió connotaciones distintas de los modelos de democracia social y estados de bienestar propios de Europa occidental. En nuestro país se tendió a identificar lo nacional-popular con lo estatal, restándole más autonomía aún a nuestra ya débil sociedad civil y generando culturas políticas de tipo autoritario, tanto de derecha como de izquierda.

De este modo, después de la década del '30, en Argentina, lo nacional-popular y lo democrático mantuvieron una relación por momentos ambigua, muchas veces tensa y a menudo conflictiva a lo largo de nuestra historia; en muchos casos, la democracia no fue más que un momento transitorio de competencia en pos de monopolizar la representación del interés nacional.

## **II. BRASIL**

### **Los primeros tiempos de Brasil**

Remontándonos a los inicios de la colonización del actual territorio del Brasil podemos señalar que Portugal, en el siglo XV, era un país pequeño y alejado de los principales centros comerciales de Europa. No obstante, el bajo nivel de convulsión

interna —si se lo compara con las restantes coronas europeas— le permitió erigirse en pionero en materia de expansión marítima y le dio, además, unidad estratégica durante las primeras etapas de la colonización del Brasil.

El período colonial brasileño guarda algunas similitudes y diferencias respecto al proceso hispánico. Entre las primeras, se cuenta la explotación de materias primas en grandes extensiones de tierra y el comercio monopólico de las mismas hacia la metrópolis, a cambio de la importación de productos elaborados a precios elevados, reservada también monopólicamente a empresas ligadas a la corona. Nació de este modo la clase social de los “fazendeiros”, así como las grandes corporaciones del palo Brasil, el azúcar, el café y el cacao sucesivamente, con una breve incursión de la explotación minera en el siglo XVIII. Otra semejanza relativa la constituye la ligazón entre el Estado y la Iglesia Católica: el catolicismo fue adoptado como religión oficial, y los jesuitas quedaron a cargo de la educación en todo el territorio del Brasil, pero las persecuciones religiosas no tuvieron la misma intensidad que en el Paraguay o en el noreste argentino.

El trabajo forzoso fue también un rasgo característico, tanto en la colonización argentina como en la brasilera, pero mientras que aquí tomó la forma de persecución al indio y subordinación del gaucho, en el Brasil se configuró la esclavitud. Por su parte, distintas razones llevaron a que las mujeres adquirieran mayor independencia y protagonismo en la vida laboral en territorio brasileño de los que gozaron en nuestras tierras. En Ouro Preto, por ejemplo, de 203 unidades productivas familiares, sólo 93 estaban encabezadas por hombres.

En cuanto a la relación Estado-sociedad, cabe destacar que todo el proceso de colonización ibérica —a diferencia de lo acaecido con las colonias de origen anglosajón— está signado por el predominio de la autoridad estatal frente a una sociedad civil debilitada. En este sentido, yo prefiero hacer referencia a un tipo de Estado cooptado por un sector de la sociedad: los grandes propietarios de tierras. Son ellos quienes gobernaron, legislaron, impartieron justicia y persiguieron a los núcleos más débiles de la población. Según Boris Fausto, el resultado de todo ello es un gobierno que se ejerce según criterios de lealtad y no de impersonalidad y respeto a la ley.<sup>11</sup> Una expresión acuñada en el saber popular desde los tiempos en que Brasil era una colonia lusitana reza: “para los amigos todo, para los enemigos, la ley”.

Las invasiones holandesas a Brasil tuvieron inicio en 1604 y representan el mayor conflicto político-militar de la época colonial. Durante las mismas, aunque el sentimiento nacional no había calado hondo en las grandes formaciones socioeconómicas regionales<sup>12</sup>, se hizo sentir la lealtad con el territorio: Domingos Fernández Calabar, nacido en Alagoas y gran conocedor del terreno de combate, osó pasarse a las filas enemigas; esto desató la ira de los combatientes brasileños, que no descansaron hasta aprehenderlo y ejecutarlo, lo que constituyó un hito en el camino de la reconquista.

Tanto Brasil como la Argentina gestaron su estructura federal desde la época colonial. En Brasil, la propia formación de su estructura productiva estuvo signada por un verdadero protagonismo de las regiones. Bahía —San Salvador fue la capital hasta 1763—, Pernambuco, Minas Gerais, Río de Janeiro y, posteriormente, San Pablo y Río Grande del Sur, fueron los centros principales, y de los acuerdos logrados entre ellos se arribó, al cabo de más de tres siglos, a la unificación del territorio nacional. Esta raíz profundamente federativa dejó una impronta indeleble, cuya influencia se prolonga hasta el poderoso Brasil de nuestros días.

En este sentido, se puede asegurar que el posicionamiento geopolítico juega, en Brasil, un rol indudablemente más intenso que en la Argentina. Ámsterdam, Londres, Hamburgo y Génova fueron los primeros grandes centros importadores de las materias primas brasileñas, lo que otorgó al país un temprano sentimiento de expansión internacional, que impregna de un modo fundamental al Brasil como formación política, económica y social, y se prolonga hasta nuestros días en todo el sistema nacional y los sistemas estatales de poder.

A partir de la revolución industrial, los ingleses buscaron ampliar sus mercados y, al propio tiempo que protegían el suyo, exigían a las colonias de América que abandonaran los postulados del mercantilismo: con los crecientes acuerdos comerciales de carácter oficial firmados con las élites de poder, convivieron durante las primeras décadas del siglo XIX el contrabando y las alianzas espurias con los comerciantes locales. Tanto España como Portugal se habían convertido en países atrasados de Europa, y el despliegue industrial y comercial británico fue resquebrajando la tibia ascendencia que ambas coronas aún se esforzaban por mantener respecto de sus colonias de América del Sur.

Ser el cuarto país del mundo en superficie, su condición limítrofe con toda América del Sur, a excepción de Chile y Ecuador, su cercanía con África y la

proximidad relativa con los grandes centros comerciales de América del Norte y Europa, le brindan a Brasil suficientes argumentos desde el punto de vista geopolítico para sostener sus objetivos de protagonismo a nivel de las relaciones internacionales. Para ello, incluso, concretó su extensión geográfica nacional mucho más allá de la línea de Tordesillas: las *bandeiras* paulistas y los ganaderos y militares *gaúchos* ensancharon vastamente y de hecho las fronteras del país hacia el oeste y sudoeste, respectivamente.

Desde una perspectiva política, se puede asegurar que la transición que hizo Brasil desde su condición colonial a la de país independiente fue hasta cierto punto más pacífica que la argentina, lo cual marcó, además, el carácter negociado de las posteriores grandes transiciones brasileñas. La independencia de Brasil no llegó por un corte revolucionario con la metrópoli, sino a través de un proceso que exhibe más continuidades que rupturas.

El imperio de Don Pedro I, instaurado en 1822, erige al Brasil en un caso único de monarquía entre repúblicas en la historia de América Latina. Pero lo cierto es que se trató de un régimen constitucional que siempre convivió con el Parlamento, los derechos políticos y un sistema electoral predeterminado. En 1825, Portugal admitió mediante un tratado –es decir, sin grandes alteraciones- la independencia brasileña, situación que Gran Bretaña ya venía reconociendo desde los años anteriores. Por estos tiempos, Brasil ya era el tercer mercado exterior de los británicos y firmó con Londres su primer empréstito externo. Mientras tanto, la economía de Río Grande do Sul, basada en el ganado y dirigida centralmente al mercado interno, creció de un modo importante. Y junto a ella, reverdeció la estrategia de ejercer un fuerte control sobre Uruguay, lo que dio lugar a la coalición *gaúcha* con las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos, con el concurso de varias decenas de miles de combatientes que terminaron por derrotar a Rosas en 1852.

En el resto del territorio se fueron configurando las primeras señales de lo que serían las dos grandes formaciones políticas durante la etapa imperial: los grandes propietarios rurales y comerciantes de Río, Bahía y Pernambuco conformarían el futuro partido conservador, mientras que los productores de áreas menos tradicionales junto a la clase media urbana darían lugar al partido liberal. Sin embargo, la mayoría de los historiadores señala que las diferencias entre ambos eran menores y que los separaban fundamentalmente disputas personales. La no diferenciación nítida entre partidos parece ser una constante en Brasil, así como el

paso frecuente de actores políticos de uno a otro partido. En las dos formaciones políticas —conservadores y liberales— la práctica electoral se regía por métodos clientelares, de los que el patrón rural, denominado “coronel”, era su principal operador: él debía arreglar con sus votantes por intermedio de los coroneles inferiores. Al mismo tiempo, debía conectarse con los gobiernos estadual y federal a fin de conseguir progresos locales para los primeros, de modo que este tipo de negociación se convirtió en más importante que los conflictos violentos. En general, las elecciones en Brasil fueron siempre de las menos violentas de América Latina. Inclusive, los períodos autoritarios se originaron bajo la ideología estatal y no del mercado, y de ese modo se organizaron partidos políticos y sindicatos vinculados orgánicamente al Estado. Todo esto indica que, aun a pesar de siglos de violencia interpersonal causada por la esclavitud, los episodios de odio racial, religioso o político “fueron transitorios y localizados, y nunca dividieron al país”.<sup>13</sup>

Durante el siglo XIX, Brasil comenzó a producir café para exportar y, si bien sus productores eran brasileños, el negocio de la exportación recayó en manos de grandes firmas inglesas y estadounidenses. Por otra parte, el complejo cafetalero desplazó hacia el centro-sur del país el centro de gravedad del desarrollo económico. Asimismo, hacia la segunda mitad del siglo XIX, el gobierno federal dictó casi simultáneamente dos leyes: por una parte, la Ley del Fin del Tráfico, que prohibía el intercambio de esclavos como corolario de la intensa presión ejercida por Inglaterra. Sólo dos semanas después, la Ley de Tierras prohibía la donación de terrenos públicos. Esta simultaneidad obedece a una razón muy simple. Por un lado, el gobierno brasileño debía atender el reclamo de quien constituía su principal mercado, y la mano de obra barata que proveía la esclavitud debía ser sustituida por inmigrantes. Pero al mismo tiempo, su alianza con los grandes propietarios lo ponía ante la obligación de no entregar tierras en propiedad a aquellos inmigrantes, de modo que se vieran compelidos a trabajar en las *fazendas* bajo el dominio de la clase terrateniente.

A lo largo del siglo XIX, la Argentina constituyó una fuerte preocupación para Brasil, por la posibilidad de que acaparase el dominio del Río de la Plata y se convirtiera así en un país poderoso, capaz de poner en tela de juicio la preponderancia brasileña, y de que atrajese a los *gaúchos* de Río Grande do Sul. Uruguay, entretanto, era una competencia de estos últimos en la cría de ganado.

La guerra con el Paraguay constituyó, por su parte, uno de los episodios más traumáticos para la relación entre los países del sureño de América del Sur. Y, en

el caso específico de Brasil, significó la consolidación del Ejército como un factor importante de poder. Fue justamente el Ejército, con el apoyo de un sector preponderante de la burguesía cafetalera, organizado en el Partido Republicano Paulista, sumado al debilitamiento político y a la enfermedad del emperador Pedro II, el que configuró el escenario propicio para la caída de la monarquía en 1889, de un modo menos conflictivo de lo que en general fueron los cambios de régimen en América Latina.

### **Los orígenes de la República**

Avanzando en el período que es conocido como el surgimiento de la República, existe un consenso en calificar al paso del Imperio a la República como un episodio tranquilo en la historia de Brasil. El Ejército desplegó una influencia política importante durante los primeros tiempos de la República, desde el mariscal Deodoro da Fonseca hasta los oficiales que integraron el Congreso Constituyente. El papel preponderante de lo que se conoció como “la República de los Coroneles” tuvo relación con la consolidación del espíritu nacional, con el fin de impedir la fragmentación que estuvo siempre latente en el esquema ultrafederalista.

En febrero de 1891 se promulgó la primera Constitución que, inspirada en el modelo de los EE.UU., consagró la república federal y liberal. Un hecho para destacar es que, a diferencia de lo que sucedió en Argentina, en dicho texto fundacional no se estableció un reconocimiento de alguna religión oficial; incluso a pesar de la importancia del catolicismo. En el campo internacional, el advenimiento de la República desplazó el eje de la diplomacia brasileña de Londres hacia Washington, de la mano del barón de Río Branco a su llegada al Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1902. Desde el punto de vista económico, la Primera República es conocida como la etapa del “café con leche”, esto es, la unión de las oligarquías cafetera de San Pablo y lechera de Minas Gerais. San Pablo poseía condiciones que le permitieron un desarrollo autónomo, pero, en cambio, Minas no gozaba de las mismas y dependía de la Unión, lo que hizo que durante la primeras dos décadas del siglo XX, el 40 % del tendido de líneas ferroviarias federales se asentara en su territorio. No obstante, con la presencia de tres presidentes paulistas entre 1894 y 1902, el predominio político fue para San Pablo, debido a la cohesión partidaria de su élite, más que a su importancia económica.

Más tarde, favorecido por el desencuentro entre San Pablo y Minas, el estado de Río Grande do Sul reingresó definitivamente en el escenario de la política nacional, a través de la victoria del mariscal Hermes da Fonseca como presidente, sobre Rui Barbosa, un intelectual paulista defensor de clase media y de las más modernas ideas republicanas en contra del clientelismo predominante en las élites militares. Entre 1887 y 1930, entraron a Brasil casi cuatro millones de inmigrantes, básicamente atraídos por la expansión del café. De todos ellos, más del 50 % se radicó en San Pablo. Allí eligió residir el 87 % de los japoneses y el 71 % de los italianos que ingresaron al país.

En el curso de algunos años, los agricultores extranjeros hicieron un gran aporte a la diversificación de los cultivos, expandiendo la producción de arroz, poroto negro, maíz, y finalmente de algodón, lo que estimuló rápidamente la industria textil y les permitió un rápido ascenso en la escala social. Este progreso corroboró, al igual que en la Argentina, la idea de "hacer la América" con que habían arribado al continente. Siderurgia, cemento, indumentaria y bebidas, entre otras, fueron las actividades dominantes que impulsaron la fabricación nacional de máquinas y equipos, sin desconocer la importancia de los nuevos frigoríficos que se instalaron en Río Grande do Sul. Con epicentro en Belén y Manaus, la Amazonia, por su parte, incursionó tempranamente en la industria del caucho, aunque hasta la segunda guerra mundial sufrió las consecuencias de su escasa diversificación. La rauda expansión de la industria brasileña no implicó, sin embargo, que ese predominio se extendiera a la actividad financiera, de servicios y transportes, donde siguió teniendo preeminencia el capital extranjero. En marzo de 1922, al calor de la revolución bolchevique de 1917 se fundó, al igual que en la Argentina, el Partido Comunista, que estuvo al margen de la legalidad durante casi toda su historia. Al promediar la década de los años 30, hizo su aparición la Alianza Nacional Libertadora (ANL) la cual, a diferencia de su homónima argentina, se lanzó como una fuerza de izquierda aliada al PC brasileño. Pero también en esos años, una fuerte agrupación de extrema derecha acuñó el lema "Dios, Patria y Familia"; se trataba de la Acción Integralista Brasileña (AIB) liderada por Plinio Salgado, entre otros intelectuales paulistas.

De este modo, el proceso de industrialización favoreció el mayor protagonismo de los sectores medios urbanos, que terciaron entre las oligarquías militares y los trabajadores, dando origen a un fenómeno político que tuvo poder convocante sobre las generaciones jóvenes. Getúlio Vargas fue el emergente de

esta etapa, en que, como resultado de la Gran Depresión de 1929, el Estado comenzó a jugar un rol determinante en el proceso de desarrollo. Jóvenes políticos, cuadros medios de las fuerzas armadas, burguesía industrial y sectores trabajadores urbanos constituyeron el núcleo de un bloque de poder cuyo rasgo definitorio fue su aproximación al Estado y, a partir de ello, la construcción de una estructura fuertemente centralizada en el gobierno federal. Por su lado, la Iglesia Católica fue una importante base de apoyo, a cambio del cual un decreto de abril de 1931 autorizó la enseñanza religiosa en las escuelas públicas.

Vargas disolvió el Congreso Nacional e intervino todas las gobernaciones. Creó el Departamento Nacional del Café y los Ministerios de Educación y Salud, y de Trabajo, Industria y Comercio. Como consecuencia de su alianza con sectores trabajadores, impulsó toda una legislación de protección a sus derechos, pero, al mismo tiempo, se encargó de reprimir toda manifestación sindical que se ubicara al margen del control gubernamental. Vacaciones y reconocimiento a estar en juicio ante las Juntas de Conciliación eran facultades de las que sólo gozaban los sindicatos reconocidos por el gobierno.

El 14 de julio de 1934 se promulgó la nueva Constitución, que tomó como referencia la de la República de Weimar en su aspecto social. Aunque en términos políticos se confirma la instalación del llamado “Estado Novo”, una alianza cívico militar con componentes nítidamente autoritarios que construyó la figura de Vargas como protector de los trabajadores, en el marco de un modelo industrialista y populista.

Ya en la década del '60, aparecerá en Brasil la trascendental figura de Juscelino Kubitschek, primero gobernador de Minas Gerais y luego presidente desarrollista, llegado al poder por la alianza entre las dos principales fuerzas de inspiración getulista, el PSD (Partido Socialdemócrata) y el PTB (Partido Trabalhista Brasileño), y fundador en 1960 de la emblemática Brasilia, la nueva capital del país.

Brasilia, ideada y construida respectivamente por Lucio Costa y Oscar Niemeyer e inaugurada el 21 de abril de dicho año, constituye el símbolo de una nueva etapa de Brasil, con una proyección geopolítica más amplia por una parte y, por otra, con el reforzamiento de un poder estatal más autónomo de las élites financieras de San Pablo y Río de Janeiro.

Con el gobierno de Juscelino Kubitschek se comprueba, una vez más, el paso no traumático del período sustitutivo de importaciones al desarrollismo. Este

proceso, que si bien encontró su espejo en todos los países de la región como marco de condiciones que luego diera lugar al modelo de la Alianza para el Progreso, tuvo en Brasil a uno de sus principales exponentes en cuanto a los índices de crecimiento. Absolutamente abierto al ingreso de capitales extranjeros, el desarrollo de la industria automotriz generó la expansión del proletariado urbano más grande de la historia de Brasil.

A diferencia de su par argentino Arturo Frondizi, el presidente Kubitschek cultivó una buena relación con la corporación militar, la que entre otras cosas obtuvo el control de Petrobrás y del Consejo Nacional del Petróleo. Sin embargo, un candidato independiente, crítico de la corrupción del gobierno, fue quien se impuso en las elecciones presidenciales: Jânio Quadros. Quadros gobernó por un período muy corto y de manera desconcertante. Combinando medidas atractivas para la izquierda con otras que eran del agrado de los conservadores, pero con un perfil anodino y superficial, terminó ganándose la desconfianza de ambos. En agosto de 1961, el Congreso tomó meramente conocimiento de su renuncia, desatándose una dura disputa de poder por la sucesión. Leonel Brizola, gobernador de Río Grande do Sul, junto con algunos mandos militares, se erigieron en los principales soportes de la legalidad, dando su apoyo al vicepresidente João Goulart.

Rodeado de condiciones objetivas —internas y externas— que ensalzaron durante los años 60 a los sectores sociales hasta entonces olvidados, “Jango” promovió la sanción del Estatuto del Trabajador Rural, que limitó la jornada laboral y estableció el salario mínimo y las vacaciones. Asimismo, recuperó para el Estado una intervención más profusa en la vida económica. En 1963, Goulart, que había asumido con poderes disminuidos ante el Parlamento, recuperó mediante un plebiscito la totalidad de las facultades presidenciales, promovió a figuras altamente reconocidas de la izquierda como Celso Furtado al frente del Ministerio de Planeamiento, y lanzó un plan de confiscación de las refinerías privadas de petróleo, así como la reforma urbana. Contrariamente a lo sucedido hasta entonces y al calor de las corrientes de pensamiento de la época, los partidos políticos comenzaron a tener mayores diferencias ideológicas que personales. Se produjo la legalización y luego la división del PC, así como la aparición de nuevos liderazgos, como el de Ulisses Guimarães en el PSD. Pero al mismo tiempo, en la Escuela Superior de Guerra, y bajo la inspiración del estratega militar Golbery do Couto e Silva, empezó a crecer entre los militares brasileños una tendencia claramente nacionalista y dispuesta a contener lo que entendían era el avance del comunismo.

Huelgas masivas que pedían profundizar las reformas sociales, muestras callejeras de apoyo al presidente que se empequeñecían a medida que éste y Leonel Brizola se distanciaban, y un desfile multitudinario de las asociaciones católicas de derecha por el centro de San Pablo, denominado Marcha de la Familia con Dios por la Libertad, crearon un clima que exasperó a los sectores medios y conservadores.

En marzo de 1964, un golpe militar instauró por primera vez en Brasil un período autoritario que, inicialmente, contó con un significativo apoyo en distintos sectores de la sociedad. El régimen no fue una dictadura personal, sino que uno de los jefes militares pertenecientes a la cúpula castrense era escogido para gobernar al país por un plazo limitado. En el discurso, el movimiento del 31 de marzo de 1964 se proponía librar al país de la corrupción y del comunismo, y restaurar la democracia. Mantuvo la Constitución de 1946, mientras gobernaba mediante los llamados Actos Institucionales (AI), con un Congreso que funcionaba con atribuciones muy reducidas. A partir de estas facultades excepcionales, se desataron persecuciones y torturas a los adversarios. Hubo purgas en el Poder Judicial, en el Congreso, en la burocracia civil y en las Fuerzas Armadas. Algunos gobernadores perdieron su mandato como Leonel Brizola, y se suspendieron los derechos políticos a otras figuras, como João Goulart, Jânio Quadros y Juscelino Kubitschek, que era senador por Goiás. Poco tiempo más tarde se crearía el Servicio Nacional de Informaciones (SNI), que tuvo como jefe e ideólogo al general Golbery do Couto e Silva. El 15 de abril se designó presidente el general Humberto de Alencar Castelo Branco, cuyo mandato concluiría el 31 de enero de 1966.

## **CONCLUSIONES**

Argentina y Brasil fueron colonizados —respectivamente— por las coronas española y portuguesa, las cuales se incorporaron en forma tardía a la modernización industrial europea. A diferencia de Gran Bretaña, Holanda, Francia y Alemania, la península ibérica forjó en sus colonias formaciones políticas caracterizadas por una sociedad civil débilmente organizada frente a la centralidad de la figura estatal.

Tal centralidad del Estado no implicó, sin embargo, su autonomía respecto de las corporaciones económicas, mediante la aplicación de un orden jurídico fuerte.

Por el contrario, sus autoridades fueron cooptadas por aquellas corporaciones, que terminaron por hacerse del control de la actividad productiva y comercial. Ni en el virreinato del Río de la Plata ni en el de Brasil se logró articular una sociedad productiva, abierta y vinculada comercialmente al mundo, sino que se priorizó el mercado interno durante un extenso período. Asimismo, en ambos casos, la Iglesia Católica jugó un rol preponderante en el proceso de colonización —especialmente los jesuitas— y en la configuración del sistema educativo. Ambas sociedades se estructuraron bajo el sistema federal, con presencia de grandes terratenientes ligados en muchos casos a los mandos militares.

Ambos sistemas forzaron el trabajo de indios, gauchos y esclavos, y se relacionaron fuertemente con Gran Bretaña durante el siglo XIX. Tal relación no se limitó al comercio. Se le otorgó el control de las finanzas y se contrajeron empréstitos que sometieron a los dos países a un creciente endeudamiento, como preanuncio de la dependencia que sobrevendría respecto de los centros financieros internacionales. Aunque la proporción fue superior en nuestro país, en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a llegar a la Argentina y al Brasil grandes corrientes inmigratorias con la intención de “hacer la América”. Ya en el siglo XX, la etapa de sustitución de importaciones así como su paso al momento desarrollista resultan contemporáneas y similares en su contenido. Perón y Vargas confirieron gran centralidad al Estado en el proceso productivo, organizaron un sindicalismo estatal y cultivaron fuertes relaciones con la Iglesia y con el régimen alemán. En cambio, existirá más adelante una diferencia importante en la política petrolera llevada adelante por Kubitscheck en Brasil, con tintes más nacionales que la de Arturo Frondizi en la Argentina. En ambos países, el apogeo del Estado de Bienestar se vería frenado por la crisis del petróleo.

Ya entrados los años 60, las dictaduras de Onganía y Castelo Branco se manejaron con decretos-leyes y disolvieron los partidos políticos, iniciando un período represivo que se expandiría por todo el cono sur del continente en el marco de la doctrina de la seguridad nacional. Entre las diferencias que se detectan al comparar los procesos históricos de Argentina y Brasil, no es menor la tradición en el modo de resolver los conflictos: mientras la Argentina acumula una larga historia de antagonismos que intentaron superarse por eliminación del opuesto, las transiciones en Brasil siempre fueron más negociadas y, por lo tanto, menos traumáticas. Como uno de los contados países-continente del planeta, su proyección geopolítica alcanza una dimensión mucho más importante que en la Argentina, lo

cual le ha dado, con el correr de los años, mucha más coherencia a su política exterior.

Hay también un aspecto consecuente con la continuidad de un proyecto de desarrollo estratégico en Brasil, del cual la Argentina ha carecido, que fue el traslado de la capital, de Río de Janeiro a Brasilia. Esto que en algún momento se trató de realizar en la Argentina, a través de una estrategia absolutamente insuficiente, permitió consolidar en Brasil una burocracia estatal en la nueva capital, más autónoma de los intereses económicos con eje en San Pablo y Río de Janeiro. El traslado trató de equilibrar la concentración económica en el litoral y sur de Brasil a través de una ciudad como Brasilia, con más proyección hacia el interior del país, la región amazónica y los estados más olvidados del norte y el nordeste.

En las últimas décadas se presentan dos diferencias importantes. La primera de ellas es que, en la Argentina, un ministro de la dictadura planteó que daba “lo mismo producir acero o caramelos”, como símbolo de una política económica que puso a la industria nacional en manos del mercado. En los años 90, otro ministro planteó que la mejor política industrial es aquella que no se tiene, prolongando así el proceso de des-industrialización. En Brasil, en cambio, la dictadura que tuvo lugar entre 1964 y 1985 no desatendió la industrialización del país, sino que pese a su perfil autoritario mantuvo la marcha del proceso productivo basado en capitales de origen nacional.

Esta diferencia se profundizó luego en la década de los 90, cuando aún en el marco del Consenso de Washington, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no aplicó las recetas privatizadoras en un grado tan extremo como lo hiciera la administración de Menem en la Argentina. Todo esto ayudó a consolidar un perfil de mayor desarrollo industrial y menor cooptación estatal en Brasil que en la Argentina, dándole al primero un status más preponderante dentro de la región. Los indicadores marcan objetivamente eso, independientemente de aquello a lo que subjetivamente los argentinos aspiremos. Si retrotrajéramos la situación a 1970, es probable que en materia de producto per cápita y de desarrollo humano la Argentina todavía estuviera en una posición mejor que Brasil, pero de allí en adelante se sucedieron distintas circunstancias que hemos tratado de describir a lo largo del trabajo y que le dieron al Brasil una mayor continuidad en su desarrollo industrial, en detrimento de las posibilidades argentinas.

Esto de ninguna manera significa una posición de subordinación, pero sí de aceptación de las condiciones objetivas que nos impone la realidad y sobre las cuales debemos trabajar intensamente en pos de lograr su mejora. La estrategia individual no tiene sentido en un mundo que se relaciona. El alineamiento con los Estados Unidos tampoco es la salida, por lo que señalan los resultados de haber aplicado esa política durante la última década. Por lo tanto, me afirmo categóricamente en la necesidad de que Argentina y Brasil forjen un destino comunitario como eje de integración del conjunto del subcontinente sudamericano, siempre desde la perspectiva de que esa unión mejorará para todos nuestro desempeño, en términos de interés nacional.

Brasil, como señalara su Vicecanciller Samuel Pinheiro Guimarães, forma parte con los EE.UU. y China de los diez países con mayor territorio, más población y mayor PBI del mundo, todo a la vez. Es decir, un país lo suficientemente grande que deja muy poco margen para que la Argentina desarrolle una política exterior con prescindencia de ello.

En el actual momento del mundo, Argentina está obligada a formar parte de un sistema decisorio que reconozca a Brasil como el Estado preponderante y fijar, al mismo tiempo, las condiciones para coparticipar de ese sistema de decisión, haciendo uso entre otras cosas de nuestra condición bi-oceánica. O bien, convertirnos en un instrumento de la política exterior de los EE.UU. en la región para boicotear al Brasil.

Brasil es grande como para ocupar un espacio de esta envergadura, pero no lo es tanto como para zafar en soledad de los desafíos estructurales en el plano macroeconómico. La administración de Lula creyó que por no haber entrado en default era conveniente no acompañar a la Argentina en un proceso de negociación común por la deuda, y en un posicionamiento común frente a los organismos multilaterales, y que de esa manera podría mejorar su desempeño frente a la recesión que se ceñía sobre él, pero ello no resultó suficiente. El endeudamiento, el control del capital financiero, la marcha hacia una autoridad monetaria regional, el diseño de una matriz de integración en infraestructura productiva y energética, la unidad del MERCOSUR en la negociación con los bloques y organismos multilaterales, constituyen la clave para comprobar la dimensión estratégica del liderazgo de Lula.

Lula no debería optar entre ser un buen presidente del Brasil y un excelente estadista latinoamericano, sino comprender la inescindibilidad de ambas cualidades. Para sacar adelante al Brasil, deberá pensar en dimensión latinoamericana. Y algo similar ocurre con las autoridades argentinas.

A propósito, el citado Vicecanciller Pinheiro Guimarães dijo refiriéndose a “la importancia crucial de Brasil y Argentina para la construcción de un centro de poder en América del Sur, contra la estrategia de los EE.UU. de estimular el sentimiento de rivalidad y provocar alianzas privilegiadas a uno y otro alternadamente para que no se unan en defensa y promoción de sus intereses”.

“Como ejemplo de esto, podemos citar en la historia de las relaciones entre Brasil y Argentina, episodios como la política de Río Branco de aproximación con los EE.UU., principal cliente de las exportaciones brasileñas en especial de café y caucho, mientras que Argentina se mantenía en la esfera de influencia británica; la rivalidad entre Argentina y EE.UU. en el mercado brasileño de trigo, en relación al cual los EE.UU. obtuvieron en el Brasil preferencias comerciales; y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial, en que el Brasil se tornó aliado de primera hora de los EE.UU., mientras que Argentina se mantuvo neutral, aunque con el objetivo de poder abastecer a Gran Bretaña, habiendo sufrido por esto una fortísima presión americana, estimularon la desconfianza entre las elites y los pueblos de Argentina y Brasil. O la aceleración del progreso industrial brasileño acompañado de políticas de protección, con Getúlio Vargas y Juscelino Kubitschek (1950 - 1960), en que Brasil superó ampliamente a la Argentina, cuyos regímenes militares a partir de 1955 vendrían, a través de programas neoliberales, a desarticular la industria en la tentativa de retornar a la época dorada de la agro-exportación y del libre comercio”.<sup>14</sup>

En la actualidad, la estrategia divisionista se manifiesta a través de la firma de tratados bilaterales de libre comercio entre los EE.UU. y Chile, o presuntamente con el Uruguay, o en la disputa artificial por un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. “Para Brasil, el dilema es formar un polo sudamericano no hegemónico en estrecha alianza con Argentina, o incorporarse de forma subordinada al sistema económico y político americano”.<sup>15</sup>

En este sentido, la evolución de la relación entre Argentina y Brasil constituye –tal vez- el dato más relevante del proceso de integración del MERCOSUR. Esto es entendible en el caso de Brasil. Es lógico que por su mayor

envergadura, pospusiera cualquier intento de institucionalización con el fin de imprimir su propio ritmo al bloque regional. Pero Argentina, en función de sus propios intereses, debió haber buscado neutralizar esa hegemonía a partir de un vínculo más estrecho con los socios de menor dimensión. Aunque no alcanzara para balancear una relación tan dispar, hubiera servido para ganar mayor peso relativo en la negociación intrarregional.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Roberto Hosne, "Historias del Río de la Plata", pág. 180, Planeta, Buenos Aires, 1998.

<sup>2</sup> Shumway Nicolás, "La invención de la Argentina", pág. 20, Emecé, Buenos Aires, 2002.

<sup>3</sup> Galeano Eduardo, ob. cit., pág. 41.

<sup>4</sup> Gramsci Antonio, "Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, pág. 83, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972; Rubinstein Juan Carlos, "Sociedad civil y participación ciudadana", pág. 51 y 55, Valladolid, 1992".

<sup>5</sup> Shumway Nicolás, ob. cit., pág. 63.

---

<sup>6</sup> Halperín Donghi Tulio, "Revolución y guerra, formación de una elite dirigente en la Argentina criolla", Siglo XXI, México, 1979.

<sup>7</sup> Levene Ricardo, "Síntesis sobre la Revolución de Mayo", Buenos Aires, 1935.

<sup>8</sup> Shumway Nicolás, ob. cit., pág. 61.

<sup>9</sup> Przeworski Adam y otros, ob. cit. pág. 86.

<sup>10</sup> Feinmann José Pablo, "La sangre derramada", págs. 158 y 159, Ariel, Buenos Aires, 1998.

<sup>11</sup> Fausto, Boris, "Historia concisa de Brasil", pág. 35, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

<sup>12</sup> Hasta poco antes de la declaración de independencia nacional, los movimientos rebeldes se definían como bahianos, pernambucanos, mineros y en ciertos casos como "pobres", tanto o más que como brasileños (Fausto, 2003).

<sup>13</sup> Alba Zaluar, "Violencia, crimen organizado e impunidad en Brasil", en "La Argentina de Kirchner y el Brasil de Lula", página 227, compilado por Chacho Álvarez, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2003.

<sup>14</sup> Samuel Pinheiro Guimarães, prefacio del libro "Conflicto e integración en América del Sur" de Luiz Moniz Bandeira, Editorial Revan.

<sup>15</sup> Samuel Pinheiro Guimarães, ob. cit.

## **BIBLIOGRAFIA**

-Alba Zaluar. "Violencia, crimen organizado e impunidad en Brasil", en "La Argentina de Kirchner y el Brasil de Lula", Compilado por Chacho Álvarez, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2003

-Avellaneda, Nicolás. Tierras Públicas. Biblioteca de Grandes Escritores Argentinos, Ed. Jackson, Buenos Aires, 1945.

-Castro, Américo. Sobre el nombre y el quién de los españoles, SARPE, Madrid, 1985.

-Fausto, Boris. "Historia concisa de Brasil". Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

-Feinmann, José Pablo. "La sangre derramada". Ed. Ariel, Buenos Aires, 1998.

-Galeano, Eduardo. "Las venas abiertas de América Latina". Siglo XXI, Buenos Aires, 1983.

-Gramsci, Antonio. Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno. Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.

-Halperín Donghi, Tulio. "Revolución y guerra, formación de una elite dirigente en la Argentina criolla", Siglo XXI, México, 1979.

-Hirschman, Albert. "Estudios sobre política económica en América Latina". Aguilar, Madrid, 1964.

-Huntington, Samuel. Political Order in Changing Societies. Yale University Press, 1968.

- 
- Levene, Ricardo. "Síntesis sobre la Revolución de Mayo", Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, 1935.
  - Moniz Bandeira, Luiz Alberto. Brasil, Estados Unidos y los procesos de integración regional. La lógica de los pragmatismos. Nueva Sociedad N°186, julio/agosto. Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 2003.
  - Oddone J. La burguesía terrateniente argentina, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.
  - Pinheiro Guimaraes, Samuel. Prefacio del libro "Conflicto e integración en América del Sur" de Luiz Moniz Bandeira, Editorial Revan-RJ, 2003.
  - Przeworski, Adam y otros. Democracia Sustentable, Paidós, España, 2002.
  - Rubinstein, J. Carlos. Sociedad Civil y participación ciudadana, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1994.
  - Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo: o civilización y barbarie. Sopena Argentina, Buenos Aires, 1955.
  - Shumway, Nicolás. "La invención de la Argentina". Emecé, Buenos Aires, 2002.
  - Trevelyan, G.M.. Historia social de Inglaterra, F.C.E., México, 1984.